

MARICRUZ GARRIDO LINARES

A close-up portrait of a woman with light-colored hair styled in a classic, slightly wavy manner. She has a warm, friendly smile, showing her teeth. Her eyes are light and looking directly at the camera. She is wearing a light-colored, possibly white, garment with a subtle pattern. The background is a soft, out-of-focus light blue or grey.

ELENA
MARISTANY
POMAR

LA CATALANA

LA BONDAD CON NOMBRE DE MUJER

Maricruz Garrido Linares

ELENA MARISTANY POMAR
(LA CATALANA)

LA BONDAD CON NOMBRE DE MUJER

SEKOTIA

© MARICRUZ GARRIDO LINARES, 2024

© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2024

Primera edición: julio de 2024

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*».

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL SEKOTIA • COLECCIÓN BIBLIOTECA DE HISTORIA

Editor: HUMBERTO PÉREZ TOMÉ ROMÁN

Maquetación:

www.sekotia.com

pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Editorial Sekotia

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4

C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Gráficas La Paz

ISBN: 978-84-19979-32-2

Depósito: CO-1087-2024

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

*A la familia Maristany, por haber
confiado en mí para esta gran
empresa.*



«Todo lo que amas probablemente se perderá;
pero, al final,
el amor volverá de otra manera».
Kafka

«El aprovechamiento del alma no está en
pensar mucho,
sino en amar mucho».
Santa Teresa de Jesús

Índice

PRÓLOGO.....	11
NOTA DE LA AUTORA	17
CAPÍTULO 1. RECUERDOS DE INFANCIA	19
CAPÍTULO 2. UNA FAMILIA DE LA BURGUESÍA CATALANA	22
CAPÍTULO 3. AÑOS DE MOCEDAD.....	31
CAPÍTULO 4. EN TIEMPOS DE GUERRA.....	39
CAPÍTULO 5. EL HOTEL CRISTINA.....	44
CAPÍTULO 6. LAZOS DE UNIÓN CON PRIEGO.....	58
CAPÍTULO 7. PRIEGO TAN LEJOS Y TAN CERCA	67
CAPÍTULO 8. ACCIONES SOLIDARIAS CON LA GENTE DE PRIEGO	70
CAPÍTULO 9. LA FÁBRICA TEXTIL MARISTANY.....	78
CAPÍTULO 10. EN PRIEGO, ARREGLO DE LA IGLESIA DE LAS MERCEDES, Y MANTO DE LA VIRGEN.....	87
CAPÍTULO 11. ENTREGADA Y ENTRAÑABLE. CON SUS HIJOS.....	91
CAPÍTULO 12. CUANDO LA PROVIDENCIA ACTÚA.....	102
CAPÍTULO 13. ANÉCDOTAS DE UNA VIDA SINGULAR	109
CAPÍTULO 14. CUESTIÓN DE FE.....	120
CAPÍTULO 15. UN RECONOCIMIENTO MERECIDO	124
CAPÍTULO 16. UNA MUJER AGRADECIDA.....	137
CAPÍTULO 17. UN ANTES Y UN DESPUÉS.....	144
CAPÍTULO 18. Y LA VIDA CONTINÚA	155

CAPÍTULO 19. CUANDO HABLA EL CORAZÓN	172
CAPÍTULO 20. LA MIRADA INTERIOR DE UN HIJO	178
CAPÍTULO 21. PALABRAS DE SU HIJO ANTONIO.....	187
CAPÍTULO 22. RECUERDOS DE SU SOBRINA BEATRIZ	202
CAPÍTULO 23. ELENA PORTILLO Y LA ENTRAÑABLE UNIÓN CON SU ABUELA...	208
CAPÍTULO 24. TESTIMONIOS DE PERSONAS CERCANAS A SU VIDA	212
EPÍLOGO	223
AGRADECIMIENTOS.....	227
ANEXO 1. DOCUMENTOS DE NOMBRAMIENTO DE HIJA ADOPTIVA.....	229
ANEXO 2. LA EXPRESIÓN DE UN ARTE HEREDADO	232
ANEXO 3. LOS TRES PELOS DEL DIABLO	242
ANEXO 4. LOS DESEOS DE FRAY MARCELINO	247
FUENTES Y ARCHIVOS CONSULTADOS	253
BIBLIOGRAFÍA	255

PRÓLOGO

«El ejemplo de la bondad gana almas para el bien».
(Victor Hugo)

Vidas para leerlas es un delicioso libro del escritor cubano Guillermo Cabrera Infante, fallecido en Londres en 2005, donde vivía exiliado. El Premio Cervantes —el máximo galardón de las letras españolas se le concedió en 1997— relata en esas páginas la peripecia vital de algunos personajes ilustres, la mayoría de ellos nacidos, como él, en la perla de las Antillas. A esas líneas trae a sus colegas José Lezama Lima y Virgilio Piñera, destacadas plumas de la literatura cubana; o a José Raúl Capablanca, «el Mozart del Ajedrez», campeón del mundo de la especialidad, entre 1921 y 1927, elevado, ya en vida, a la condición de leyenda nacional, en cuya tumba, en el cementerio Colón de La Habana, no figura una cruz sino un alfil.

«Toda biografía aspira siempre a la condición de historia», escribe al comienzo de su obra Cabrera Infante, que se inspira en Plutarco (49 d. C.-120 d. C.) para abordar los aspectos biográficos de sus personajes, que ya son historia, pero cuyas reseñas vitales no incluyen esos detalles que conectan la biografía y la novela.

Cada vida merece una novela es el título del libro del profesor norteamericano Erving Polster, de donde se infiere que hay existencias que pueden ser, aparentemente, muy interesantes por la profesión, las relaciones, las aventuras o la azarosa trayectoria vital del protagonista. Pero, en realidad, son los

aspectos humanos comunes que se procesan de una forma diferente dentro de cada cual, los que hacen interesante la lectura de esa novela.

El libro que el lector tiene entre sus manos, *Doña Elena Maristany, la bondad con nombre de mujer*, no es otra cosa que una vida para leerla. Su autora, Maricruz Garrido, se ha encontrado en el empeño con una dificultad: la ausencia de este mundo de la biografiada. Y así, no ha podido someterla a un ejercicio de introspección para adentrarse en su alma y lograr el equilibrio entre los hechos objetivos, lo que fue sucediendo en su existencia a la vista del mundo, otros detalles ciertos como sus aficiones, sus habilidades... y los sentimientos que le acompañaron en cada episodio de su centenaria vida. Para terminar, dibujando al personaje a la luz de sus devociones, sus emociones, sus dichas, sus tristezas... su vida al otro lado del espejo.

Por ello, la autora ha tenido que recurrir a entrevistar a familiares y a aquellas personas que la conocieron y la trataron más o menos de cerca, para darnos esos matices de su espíritu, de su esencia, de aquello que nos hace distintos y únicos a cada persona como obra irrepetible.

Pero no deja de ser cierto que Maricruz ha contado con una herramienta excepcional, un sólido guion sobre el que construir esta biografía, como son las propias memorias de doña Elena. Se trata de cuarenta y dos páginas, escritas en 1986, cuando contaba con 74 años, en las que arranca diciendo: «Yo, Elena Maristany Pomar de Gámiz, me dispongo a escribir mis memorias, para que mis hijos y mis nietos conozcan lo más saliente de toda mi vida, en ellas pienso escribir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad». Y subraya que «su temperamento positivo» le hace que nada negativo aparezca en ellas. Asegura que los infortunios y malos ratos los había olvidado completamente a lo largo de los años. «La memoria del corazón elimina los malos recuerdos y magnifica los buenos, y gracias a ese artificio, logramos sobrellevar el pasado», aseguraba Gabriel García Márquez.

Cuando doña Elena nace el 14 de julio de 1912, en el 288 de la calle Valencia, en Barcelona, en el seno de una acomodada familia catalana, quién en su entorno, quién en su infancia y primera juventud habrían de adivinar, quién le iba a decir a ella misma, que su nombre iría a aparecer rotulado en una esquina de Priego de Córdoba —el que finalmente fue su pueblo— dando nombre a una calle, algo con lo que soñamos los nacidos en el lugar.

Y, sin embargo, ella tenía una corazonada que revela en una entrevista que *Adarve* —la publicación local, decana de la prensa cordobesa no diaria, creada, en 1952, por su cuñado José Luis Gámiz Valverde— le hiciera en 1984 a propó-

sito de su nombramiento como hija adoptiva de Priego. Doña Elena revela al periódico local que, con veinte años, «creía que me casaría con un andaluz, pero de un pueblo, porque a mí no me atraía nada ir a vivir a Sevilla, ni a Granada o Málaga. Era una especie de presentimiento y cuando vine a Priego me gustó muchísimo (...) O sea que yo aquí nunca me he sentido una señora forastera, ni he tenido problemas de adaptación; se ve que lo llevaba en la masa de la sangre».

Y así es como se convierte en una barcelonesa de Priego, una prieguense de Barcelona en perfecta fusión. «La Catalana», como sin ningún matiz peyorativo, se la concienca, porque el gentilicio de su región de origen nunca puede serlo, pasó a formar parte del paisaje humano de su encontrado pueblo y fue creciendo a los ojos de los propios del lugar por su cultura, su distinción y su generosidad.

Pero demos un salto hacia atrás en el tiempo hasta situarnos en el 18 de julio de 1936. El estallido de la Guerra, sorprende a Elena Maristany, que entonces tiene veinticuatro años, en Mont-Louis (Francia), donde está veraneando junto a su familia. Ahí comienza un periplo que los lleva a Suiza, regresando a España para pasar las Navidades de 1936 en San Sebastián. Allí se hospedan en el hotel Londres donde coinciden con otras familias conocidas de Barcelona. La bella ciudad donostiarra, tomada por el fervor patriótico, les retiene un año en el que la incesante lluvia les impide disfrutar apenas unos días de la playa de la Concha. Hasta que, finalmente, en diciembre de 1937, viajan a Sevilla, «mis padres decidieron que tenía mejor clima». En la capital andaluza se hospedan en el hotel Cristina, construido, como su vecino el Alfonso XIII, para la Exposición Universal del año 1929. Y es ahí donde su vida da un giro trascendental. Conoce a quien va a ser su marido, nuestro paisano, Antonio Gámiz Valverde, tras llamar su atención cuando este tocaba el piano en los salones del hotel. El 14 de diciembre de 1938, la pareja se casa en la iglesia de los Venerables, del Barrio de Santa Cruz y, en ese momento, todavía sin ella saberlo, Elena Maristany se convierte en una prieguense más.

Doña Elena llega tras la Guerra a un Priego depauperado por la contienda. Y eso que las casas estaban en pie y sus muebles y enseres intactos, y las iglesias no se habían saqueado —cada cuadro en su clavo y cada santo en su altar— y la mayoría había conservado lo que tenía. Le encanta el pueblo y sus gentes. Sin embargo, existía una pobreza palpable que se agravó posteriormente con la hambruna de comienzo de los años cuarenta a causa del aislamiento internacional y el estallido de la Segunda Guerra Mundial. La década inaugura los años del hambre que dibuja un escenario de enfermedades por inanición, cartillas de racionamiento, el estraperlo, el pan negro... Tiempos de penuria aptos

para pillos. Todo esto revuelve a doña Elena que intenta, en la medida de sus posibilidades, ayudar a tanto menesteroso. Se cuenta que su familia, en aquellos años, desde Barcelona, le envió dinero para un abrigo de pieles y ella se lo compró de paño y dio el resto a los necesitados. Doña Elena había adoptado el lema de san Pablo: «Ayuda a los demás y te ayudarás a ti mismo».

El primer viaje que los padres de doña Elena hacen a Priego para visitarla en su «nuevo mundo», tuvo lugar en el verano del año 1939, ya terminada la Guerra. Para lo cual tomaron un barco desde Barcelona a Cádiz que tardó cuatro días en el trayecto; otro día en tren hasta Sevilla; y una jornada más en coche hasta Priego. Al llegar —según cuenta doña Elena— su padre creía que su hija se había ido a la Polinesia. Posteriormente, los viajes, aunque largos, serían más sencillos.

A finales de los años cincuenta, la situación de España en general y de Priego en particular, ha experimentado una más que notable evolución favorable que se traduce en un mayor bienestar y esperanza de futuro. Es por entonces que don Antonio Gámiz Valverde, marido de doña Elena, es nombrado hermano mayor de la Cofradía de Jesús Nazareno, lo cual supone un acontecimiento para la familia que nuestra protagonista relata con detalle en sus memorias. Esto ocurre ya en el marco de aquel Priego pujante y esplendoroso *por mor* de la renacida industria textil y la tradicional agricultura, con decenas de molinos convirtiendo las aceitunas en oro líquido. Con los portales de las casas señoriales abiertos al brillo de los mármoles y al lustre de las pilistras. Y las calles en efervescencia, agitadas por un trajín de *Barcelona chiquita* (lo que seguro emocionaría a doña Elena), como me contaba mi madre que llegó a decirse de la ciudad (lo es desde 1881, título concedido por Alfonso XII), coronada por una fuente y acotada en uno de sus bordes por un balcón natural.

Pero también es cierto que esta situación de alivio con los fantasmas del apocalipsis en retirada, se debe a que muchos andaluces, los prieguenses entre ellos, encontraron trabajo lejos de su tierra, más allá de nuestras fronteras, en Alemania, Francia o Suiza; y, dentro del perímetro del suelo patrio, en distintos puntos, con mayor énfasis en Cataluña. Las familias comienzan a desgajarse y se inicia un periodo que mejora las condiciones de vida, pero también alimenta la melancolía de unos, por el terruño lejano, y de otros por los seres queridos distantes. Aquí también surge el ángel protector de doña Elena que, a través de familiares y amigos, ayuda en lo posible a los prieguenses que se establecen en Barcelona y sus alrededores. Esta labor fue reconocida por la

Casa de Priego en Santa Coloma de Gramanet que en su día le rindiera un acto de gratitud.

Descubro en las memorias de doña Elena las circunstancias por las que su madre Francisca de Paula Pomar y Prunell nació en Buenos Aires (1889). Allí estaba el que esto escribe, a mediados de los años dos mil, cuando me encuentro que un periódico local publica una entrevista con Antonio Gámiz Maristany, hijo mayor de doña Elena. El motivo es que el grupo empresarial que presidía estaba construyendo un edificio en unos terrenos que, mucho tiempo atrás, había comprado su abuela en la capital bonaerense. Francisca Pomar era una excelente cantante lírica como se puede comprobar oyendo las grabaciones que aparecen en Wikipedia donde se cuenta su historia.

He de confesar que, aunque desde muy niño supe de ella y, recurrentemente, se la nombrara; aunque conocía a sus dos hijos menores, Cristina y Álvaro; aunque estuve en una de esas fiestas de disfraces —de trajes, dice ella— de las que habla en sus memorias, concretamente el 12 de septiembre de 1972, que se organizaban en su casa de Priego, no tengo memoria de haberla visto en persona. Algo así como la película de Spencer Tracy, *Edward, mi hijo* (George Cukor, 1949) en la que el hijo, protagonista en *off*, no aparece nunca en pantalla. La primera visión la tuve, o eso creo, en una foto que ilustraba la felicitación de Navidad que Antonio Gámiz hijo, enviaba cada diciembre (el conocido *christmas* de los Gámiz), y que tuve el gusto de recibir en sus últimas diez ediciones. Ahí aparece doña Elena rodeada de su extensa familia.

En las referidas memorias, hay un detalle que evidencia la naturalidad de la convivencia ejemplar, hace ya más de un siglo, de las lenguas en Cataluña: «Mis padres hablaban entre ellos en catalán y con nosotros siempre en castellano, resultando para los que de fuera nos oyeran algo complicado, pero a nuestros oídos era sencillísimo».

Fue, la de doña Elena, una vida apasionante y así nos lo traslada Maricruz Garrido en esta cautivadora biografía que relata la historia de una mujer que brilló con luz propia, digna de *Esta es su vida*, aquel programa legendario de TVE, presentado por Federico Gallo. La autora cincela a la protagonista destacando sus pasiones: la familia, las amistades, los viajes, Barcelona, Priego de Córdoba... Y como no, el teatro. Su padre fue un reconocido autor que estrenó obras, en catalán y castellano, en Barcelona y Madrid, y ella misma hizo sus pinitos como dramaturga. Y, sobre todo, la música que la acompañó de por vida. Es sorprendente y causa admiración oírla interpretando a Chopin al

piano, en un par de recitales que, a la edad de 92 años, ofreció en Barcelona, y que *YouTube* nos muestra a través de Internet.

Vivió acontecimientos históricos como la Exposición Internacional de Barcelona y la Exposición Iberoamericana de Sevilla, ambas en 1929, el advenimiento de la Segunda República (1931), la terrible Guerra Civil. Traigo aquí una pincelada sobrecogedora de lo que el enfrentamiento supuso, esto escribe doña Elena en sus memorias: «Al regresar a Barcelona no teníamos amigos, fueron asesinados o muertos durante la guerra».

Asistió a varias bodas reales, entre ellas la de los futuros monarcas de España, don Juan Carlos y doña Sofía, para la que viajó a Grecia en barco en una comitiva de veinticuatro personas, entre familiares y amigos, que incluía «ocho sobrinas venidas de Priego». Fue, quizás, la última representante de un estilo de vida y de una época que ya son historia.

Fueron muchas las virtudes que adornaron a nuestra protagonista, aunque quizás su bondad brillara con más fuerza porque esa luz está alimentada de amor, de caridad, de compasión, de ternura... Si como dice el filósofo José Antonio Marina, «la bondad es el punto más elevado de la inteligencia», doña Elena Maristany y Pomar de Gámiz Valverde fue mucho más que una mujer generosa.

Falleció a la edad de cien años en Barcelona, el 9 de noviembre de 2012. De inmediato alcanzó la gloria eterna donde entró cortejada por un pasillo de pianistas desde Mozart a Beethoven, desde Chopin a Albéniz, desde José Iturbe a José Cubiles, desde Eddy *Duchin* a Tete Montoliu interpretando al unísono el concierto para piano Nº 1 de Chaikovski que, complacido, dirige la filarmónica celestial compuesta por los más sublimes músicos que en vida terrenal fueron. Allí también, con la emoción del momento, la madre Dolores García y doña Carlota, las que fueran sus profesoras de piano.

Al fondo, Adolfo Lozano Sidro tras el caballete, paleta en mano, plasma el momento, pintando a doña Elena ataviada tal que si a la caseta de la feria se marchara; mientras, detrás del artista prieguense, su marido don Antonio Gámiz, su hija Elena, su yerno Fernando Portillo y su nieto Fernando, esperan para abrazarla. El resto de sus familiares miraba al cielo desde la ciudad que la vio nacer con los ojos empapados en lágrimas.

Paulino Baena Díaz
Madrid, octubre de 2023

NOTA DE LA AUTORA

Cuando la familia Maristany me propuso escribir la biografía de su madre, doña Elena, debo reconocer que me sentí agradecida por la confianza depositada en mí, y al mismo tiempo temerosa de no llegar a la altura de lo que esta gran mujer se merecía, ya que mis estudios fuera de Priego me impidieron conocer de primera mano su buen hacer en nuestro amado pueblo.

Cualquier biografía requiere una reflexión, unos encuentros y diálogos que la nutren de incidentes reveladores, hechos singulares... Gracias a Dios, he contado con grandes y generosos colaboradores; y, sobre todo, con las informaciones que me han enviado puntualmente los hijos de doña Elena.

Y para hacer una buena biografía hay que sentir, además, admiración y respeto por la persona que se va a retratar.

Mis palabras sobre doña Elena han de ser portadoras, necesariamente, del enorme cariño que Priego ha sentido y siente por ella. Del mismo modo, al conocerlos, me he identificado completamente con el afecto y admiración de que van llenos los testimonios que han puesto a mi disposición sus hijos y tantos vecinos de Priego

El lector va a encontrar en las páginas que siguen un ejemplo de amor, del amor que doña Elena profesó hacia los suyos y hacia los que supo hacer suyos, especialmente, los más necesitados que fue a buscar primero en Priego, y luego en Barcelona; una historia que enamora, la historia de una mujer que supo armonizar, al dar y al darse, la fortaleza de la mujer bíblica con la dulzura de la delicada pianista que se puede hoy contemplar —con ayuda de las tecnologías— acariciando las teclas de su piano de cola.

MARICRUZ GARRIDO LINARES

CAPÍTULO 1

RECUERDOS DE INFANCIA



A Elena siempre le gustó la literatura. En los años setenta, cuando sus hijos no necesitaban tanto de su cuidado, probó a escribir una novela dramática y romántica pero el resultado no le convenció y la destruyó.

Pasados los años, en 1986, probó la suerte de nuevo, esta vez relatando sus memorias a modo de testamento para sus muchos hijos y nietos, se trata de 42 páginas en las que demuestra una memoria impresionante:

Yo, ELENA MARISTANY POMAR, DE GÁMIZ, me dispongo con la ayuda de Dios a escribir mis memorias para que mis hijos y nietos conozcan lo más saliente de toda mi vida. En ellas pienso escribir la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad; pero, dado que siempre mi temperamento ha sido positivo, difícilmente se encontra-

rán en estas memorias los negativos que indudablemente hubo, y que a lo largo de los años he olvidado por completo. Cuando era jovencita, en cierta obra de teatro de costumbres andaluzas que escribí, puse esa copla que decía:

El que vive recordando
qué triste pasa la vida
lo bueno se va olvidando
y lo malo no se olvida.

Yo ahora realmente tendría que poner en la copla lo siguiente:

El que vive recordando
qué alegre pasa la vida,
lo malo se va olvidando
y lo bueno no se olvida.

Está claro que quería que heredasen de ella, si fuera posible, el sentido positivo de la vida.

He querido comenzar así para que nos demos cuenta de la calidad humana de Elena, que era consciente en todo momento de lo que había hecho y de todo lo que le quedaba por hacer, tanto por sus más allegados como por los más necesitados.

Nació el 14 de julio de 1912. Era año bisiesto. Tres meses antes había estremecido al mundo entero la noticia del hundimiento del Titanic. Por aquel 14 de abril de 1912, la madre de Elenita estaba encinta de seis meses, y de seguro algo le tuvo que influir este infortunio para madurar y reflexionar sobre lo efímero de la vida y cómo hay que aprovechar el tiempo de que se dispone para hacer todo el bien que se pueda. Quizás en el seno materno, Elena recibió de su madre esa disposición para sembrar el bien, con la eficacia y discreción que le acompañarían durante toda su vida.



CAPÍTULO 2

UNA FAMILIA DE LA BURGUESÍA CATALANA

Su familia paterna pertenecía a la alta burguesía catalana. Los abuelos Francisco Maristany y Amalia Guasch vivían en una casa del Paseo de Gracia, un magnífico caserón desde cuyos balcones recuerda Elena que veían desfilar la «Rúa» cuando llegaba Carnaval.



Francisco Carlos Maristany y Garriga

El patriarca, Francisco Carlos Maristany y Garriga (1849-1929), fue el fundador del Centro Algodonero Nacional de Barcelona. Y es quizás más conocido por ser el urbanizador del hermoso paseo principal de Camprodón, que lleva su nombre.

El semanario peruano *Mercurio*, atendiendo a los posibles antecedentes artísticos de su hijo Fernando Maristany y Guasch, hace un comentario que se podría aplicar del mismo modo a su hermano Alejandro, ambos escritores:

No tiene en su ascendencia ningún artista. Su padre es un caballero catalán muy rico, muy laborioso, muy circunspecto, de alma limpia y exterior severo... No hay, pues, en la genealogía de Maristany antecedente conocido alguno... Puede decir con orgullo: «Je suis mon ancêtre» («Yo soy mi antepasado»).



Francisco Carlos Maristany y Amalia Guasch con sus hijos a principios del s. xx: Luis, Alejandro, Fernando y Conchita

Doña Elena, en sus memorias, dedica un recuerdo a su abuelo paterno, y su creación del Paseo de Camprodón:

En Camprodón íbamos al Hotel Rigat, y recuerdo la ilusión que nos hacía oír por la noche el sonido del agua cantarina de los ríos Ter y Tor que se juntaban por allí.

En vida de mi abuelo Maristany se hizo un campo de deporte en una finca que él tenía y que parceló, y por las mañanas íbamos a hacer labor y charlar con los amigos o a ver jugar al tenis a Eduardo Flaquer, Bubi Mayer, Rosa Torres o la Sra. Pons.



Paseig Maristany, del arquitecto Bernardí Martorell,
Patrimoni Arquitectònic de Catalunya



El Xalet Maristany es una obra noucentista de Camprodón (Ripollès) incluida en el Inventario del Patrimoni Arquitectònic de Catalunya. Uno de los chalets con mayor envergadura de todo el Paseig Maristany, construido con piedra de río escuadrada. Un magnífico jardín rodea la construcción.



Luis Pomar, Paquita Pomar, Luis, Paquita Prunell y Agustín

Con respecto a su abuelo materno, Luis Pomar Pomar, Elena destaca en sus memorias que tuvo una juventud triste debido al rigor y distancia con que se sentía tratado por sus padres. Tanto es así que se fue a Argentina con unos amigos y allí montó un negocio de joyería; pero, cuando llegó la hora de casarse, sintió la nostalgia española y quiso buscar a una jovencita de su mismo país. Paquita aceptó su proposición y, al poco tiempo, el nuevo matrimonio se embarcaba hacia Argentina, donde vivieron varios años, durante los cuales nació la futura madre de Elena y su tío Agustín. Sin embargo, la añoranza se enseñoreó ahora de la señora Pomar, por lo que la familia regresó definitivamente a Barcelona. Según palabras de Elena:

Mi bisabuelo Prunell protegió al yerno, Luis Pomar, dejándole dinero, con el que montó una gran fábrica de calzado al estilo americano, con una maquinaria modernísima y muy perfeccionada, en donde salía el calzado completamente acabado.

Luego montó varias tiendas de zapatos prácticos y sencillos. Todo esto fue liquidado una vez muerto mi abuelo allá por el año 1920 por los hermanos de mamá, tío Agustín y tío Luis.

En cuanto a su madre, Francisca de Paula Pomar Prunell (1889-1975), tenía una bella voz y temple de soprano, pero no ejerció su voz todo lo que le hubiera gustado, ya que en aquella época estaba mal visto que una chica educada y de buena familia se dedicara a las actividades un tanto bohemias y públicas, como actuar sobre un escenario. Tanto la madre como su hija Elena nacieron con esa disposición para las actividades que ayudan a elevar el espíritu y el buen gusto, como son la poesía, la música y el arte en general. De hecho, Elena no solo heredó el arte de la declamación con esa voz dulce y suave que ha quedado grabada, gracias a sus hijos; sino que además narraba cuentos a sus nietos, ya fueran adaptados, como *Los tres pelos del Diablo* de los hermanos Grimm, o sencillamente inventados por ella.



Francisca Pomar Prunell (Mamata) a los 18 años

La madre «tenía una gran voz y un gran tipo. Sus amistades la llamaban “la divina”».

Y la hija tocaba el piano de maravilla. Ni la una ni la otra lo hicieron de forma profesional, quiero decir, cara a un público en general. De todos modos, en Wikipedia se pueden escuchar cinco canciones de Francisca Pomar que, a petición de su esposo, y para que sus hijos y nietos pudieran escucharla, fueron registradas en disco en 1929, acompañada por la Orquesta del Gran Teatro del Liceo, dirigida por el maestro Gelabert.

Todavía, Elena sobre su madre:

Era muy activa y alegre —ya de mayor y con muchos achaques, le encantaba ir a la feria de Sevilla—; optimista y orgullosa de su familia —«todos mis hijos y nietos son guapísimos»—. Su frase más famosa era: «Por favor, no me hagáis nunca regalos —no los quiero, no me sirven—, salvo el regalo de venir a reuniros conmigo: eso me hace feliz».

De hecho, bien se dice que tanto el poeta como el músico nacen, además de que tienen que instruirse con un esfuerzo constante por demostrar esas cualidades recibidas. En aquella época, tanto Elena como su madre, con su dulzura, bondad y sencillez cultivaban por medio del estudio las dotes innatas. De este modo, la madre —«Mamata», como la llamaban en familia—, que llegó a vivir muchos años, fue para sus hijos, nietos y biznietos una fuente constante de aliento e inspiración.

En cuanto al padre de Elena, Alejandro Maristany y Guasch (Barcelona 1880-1942), era el mayor de siete hermanos, de los que pronto fallecieron tres, quedando Alejandro, Fernando, Conchita y Luis. Fue un gran autor teatral cuya actividad se desarrolló entre 1898 y 1926. Escribió teatro en catalán y español y tradujo y adaptó obras del francés, inglés y alemán, tanto al español como al catalán. Además de esta actividad creativa y artística, era propietario de una industria textil algodonera, en Malgrat de Mar, la Textil Maristany S. A.

La afición de mi padre era el teatro; y, además de escribir numerosas comedias y de hacer infinidad de traducciones del inglés, francés y alemán, le encantaba ser actor, y pertenecía al club «El Torrente de las Flores», en donde trabajaban los aficionados todas las semanas. Mamá, también asistía a ese club y allí se hicieron novios.

Cuando era muy pequeña asistí al estreno en el teatro Romea de *L'amor d'una princesa*, escrita por mi padre; y recuerdo grandes aplausos, y a él salir a saludar al escenario. También recuerdo una función

que se hizo en el Romea, de aficionados, para beneficencia, y que papá trabajaba en las tres zarzuelas que hicieron: *Gigantes y cabezudos*, *La reina mora* y *Más vale maña que fuerza*.

Mi padre fue educado en un colegio en la Suiza alemana; más tarde, a los 17 años lo mandaron mis abuelos a Liverpool para comerciar el algodón. Allí conoció a actores muy famosos y a escritores de moda.

Realmente no existían padres más cariñosos. Desde luego, jamás hubieran mandado a mi hermano a Suiza a una pensión como habían hecho mis abuelos, y jamás nos separaron de ellos. Más adelante comenzaron a viajar con nosotros por toda España y por el extranjero, y extrañaba ver a una familia de padres e hijos completa en los hoteles.



Alejandro Maristany y Paquita Pomar

Alejandro Maristany en su juventud fue partidario de Antonio Maura y uno de los fundadores del Centro de la Juventud Maurista de Barcelona, que en 1913 pasó a llamarse Centro de Juventud Conservadora. Aunque en la Segunda República no se significó en política, siempre apoyó a su mujer y sus hijos, que

fueron, en su juventud, activos militantes del partido monárquico, por lo que al estallar la Guerra Civil el 18 de julio de 1936, encontrándose en uno de los viajes familiares que solían hacer, no pudieron retornar a España, y se quedaron por el momento en Francia, puesto que les advirtieron de amenazas de muerte que recaían sobre ellos. Este fue uno de los motivos por los cuales, su fábrica fue confiscada y su piso destruido hasta que finalizó la guerra.

ANY V. BARCELONA 10 de DESEMBRE de 1910

La Escena Catalana

Redacció y Administració: Plassa del Pi, 5, Barcelona. PREU: 15 CÉNTIMS

NOSTRES TRADUCTORS



El gran actor dramàtic:
FRANCISCO MORANO
DE GRAN ÈXIT AL PRINCIPAL



ALEXANDRE P. MARISTANY
TRADUCTOR DE
"EL MAGISTRAT"
DE GRAN ÈXIT A ROMEA

PRIMER FOLLETÍ DE **EL MAGISTRAT** (D'ÈXIT A ROMEA.)

Publicidad de una obra de teatro traducida por Alejandro Maristany, 1910

Cuando en 1939 las tropas nacionales tomaron el poder, Alejandro retornó a Barcelona con su familia, encontrándose prácticamente sin casa, con la fábrica arruinada, y un delicado estado de salud. Falleció a los 62 años en 1942 de un cáncer.

En cuanto a la vida familiar y cotidiana de Elena:

Teníamos cuando éramos pequeños un médico, el Dr. Comulada, que nos tenía hambrientos, pobres de nosotros. En cuanto llegaba, nos hacía sacar la lengua y decretaba «dieta absoluta a caldo o leche». Yo llegué a pasar tanta hambre, que un día que me habían puesto unas tostadas empapadas en vinagre en el cuello, para calmar la tos, me las comí con fruición. Como éramos niños algo enclenques, las enfermedades nos duraban muchos días. Nuestros padres, entregados a nosotros en cuerpo y alma, nos velaban por las noches turnándose, un día uno y otro día otro.